

Prólogo

Uno de los intereses de este libro es contrarrestar la afortunadamente cada vez menos extendida falacia de que la modernidad es una etapa filosófica, conjunto de pensamientos y sistemas, de contornos fijos. Ni siquiera ahí donde a la modernidad competen las preocupaciones políticas, sociales y expresivas de la época (que constituyen las formas canónicas de leer a la modernidad y desde donde se han perpetuado más ataques contra ella) hay consenso cerrado. Desde su datación de inicio encontramos una diversidad de posturas que muestra que con la etiqueta de “moderno” se quiere nombrar muchas cosas. Si referimos a sus rasgos positivos, por ejemplo, se podrá fijar el inicio de la modernidad en el momento efectivo de fundación de la ciencia, es decir, en la fecha de publicación de la síntesis newtoniana en la segunda mitad del siglo XVII. Si pensamos, en cambio, en la forma de vida, en las estructuras sociales que la modernidad conlleva, tendremos que situarnos hasta bien entrado el siglo XVIII, si no es que hasta inicios del siglo XIX, cuando la dinámica de las ciudades modernas ya está bien establecida. Si emparejamos esta tipificación con sus productos culturales, los estudiosos en literatura apelarán a diferentes fechas de acuerdo con la publicación de obras canónicas del género: el *Quijote* de Cervantes o la dramaturgia shakespeareana, la poesía de Baudelaire o la renovación estética de Rubén Darío.

Por otro lado, la búsqueda de su origen nos remitiría al siglo XVI, en donde aparece esa actitud naturalista expresada en textos como *De humanis corporis fabrica* de Vesalius y el *De revolutionibus orbium coelestium* de Copérnico, ambos de 1543. Y podríamos retroceder un poco más, para apelar a la aparición de los manuscritos del *Rerum Natura*, alrededor de 1417, en donde se encuentran actitudes reconocidas como modernas como el materialismo, el principio de secularización, la introducción de los conceptos de átomo, vacío e infinito, entre otros. En dado caso, tampoco sería prudente descartar la aparición de la relación

de la vida y la muerte de los filósofos que hace Diógenes Laercio, reeditada alrededor de 1475, misma que ayudó a la diseminación del pensamiento clásico y, por lo tanto, es piedra angular para el Renacimiento.

Una revisión de la modernidad enfocada en las formas económicas y políticas tendría que dar cuenta de los procesos de desintegración de los grandes imperios occidentales, rastrear el camino del desarrollo técnico e incluir las relaciones de conquista y colonización de las nacientes naciones con otras regiones del planeta, así como sus paulatinos momentos de independencia y revolución que estatuyen, transforman y ponen en tensión el proyecto político moderno.

Al mencionar todo esto, lo que nos interesa es enfatizar la amplitud del rango de aspectos que pueden entrar dentro de la definición de modernidad. Nuestro primer paso para ofrecer una relectura de lo moderno es renunciar a fijar de forma definitiva un texto, una situación o un problema como elemento fundacional de toda actitud moderna, por el hecho de que la modernidad es para nosotros un proceso, un momento histórico transicional que, si nos adelantamos, tendríamos que admitir como inconcluso, es decir, abierto. Especialmente por el hecho de que en la modernidad se fraguaron casi la totalidad de inquietudes que hoy configuran el panorama de problemas a resolver. Son modernas, o tienen su origen en la modernidad, las teorías sobre política, estética, educación, ciencia, sociedad, instituciones, religión, las teorías en torno al lenguaje y la psique, que se siguen discutiendo, por mencionar algunas.

El segundo paso para evitar interpretaciones ingenuas de la modernidad, y que es tema capital de este libro, es explorar la capacidad de autocrítica que sus autores sostuvieron. No sólo es verdad que la modernidad extiende su rango de alcance a múltiples objetos culturales, sino también es verdad que desde la modernidad no puede cerrarse la discusión al respecto de cada uno de ellos. En primer lugar, porque el momento histórico sobre el que gravita lo moderno es un momento de aparición de cosas nuevas, de descubrimientos científicos y geográficos, pero también de disputas, de guerras intestinas, entre casas, familias y nacientes naciones en el que priva capitalmente el desacuerdo. Es decir, la entrada

de la modernidad se vive a fuerza de argumentos contrahechos, de riñas venales que hacen de esta etapa un verdadero laboratorio de ideas en donde lo principal es la revisión y corrección de posturas. La presencia del hermetismo; un creciente interés por la cábala; el desarrollo del neoplatonismo en las academias vinculado a interpretaciones animistas de la materia y el mundo; la aparición de nuevos misticismos y mesianismos; las investigaciones en alquimia y sobre las cualidades ocultas de la materia; la presencia de tesis escépticas y posturas éticas relativistas; los proyectos socio-políticos místéricos y conspiratorios vinculados a logias; por mencionar algunos, denotan un panorama disímil y problemático.

Aunque es posible e importante mostrar que existen directrices en la forma de constituir discursos en esta época, para nosotros es necesario enfatizar que durante la modernidad aparecen digresiones capitales que llegaron a formar el sello de un pensamiento o empeño frente a otro. Estas digresiones muestran que la modernidad fue, al menos en lo teórico, un proceso de constante corrección. Por ser producto de esta corrección, decimos que la modernidad contiene en sí misma una porción fuerte de autocrítica, una especie de asalto prematuro a la razón (por evocar la fórmula de Lukács).

Así, los trabajos que el lector encontrará aquí muestran alguno de los múltiples rasgos desde los cuales pueden mostrarse que la modernidad mantuvo una mirada crítica sobre sí misma, ya sea por medio de la recuperación de tesis modernas en la contemporaneidad, ya sea por la exploración de un concepto no simplista de un autor moderno, o por enfatizar la crisis propia de la época.

En “El concepto de ciencia en la filosofía de Francis Bacon: ¿una interpretación pragmatista?”, Nalliely Hernández aplica las herramientas de análisis del pensador contemporáneo Richard Rorty para mostrar que la interpretación moderna del conocimiento que sostiene Francis Bacon es compatible con la lectura pragmatista. Con actitud moderna, la autora se adelanta a explorar los límites de ambas posturas para cumplir otro *dictum* moderno, que es la constante construcción-corrección del conocimiento.

El texto “Trascendencia y conocimiento: la idea cartesiana de dios y su uso en las ciencias y la vida práctica”, de María Edith Velázquez Hernández, presenta una relectura de la filosofía y gnoseología cartesianas que pone en tensión las preocupaciones contemporáneas del pragmatismo con las determinaciones que el filósofo moderno resolvió en un corpus intelectual capaz de conjugar las preocupaciones epistémicas con aquellas de la vida práctica.

En “La trascendencia del Dios inmanente: sobre el panteísmo de Giordano Bruno”, Juan Negrete Castañeda explora el valor de la contradicción en la filosofía del pensador renacentista para mostrar un modelo de gnoseología asentado sobre principios teológicos que enriquecen la visión de la ciencia de su época, específicamente en la recepción del heliocentrismo copernicano. Al hacerlo, logra retratar la confluencia de saberes implicados en el avance de la ciencia moderna, así como la imposibilidad de cerrar la interpretación de estos autores sobre preceptos reduccionistas.

En “Baruch Spinoza en el origen de los discursos críticos de la Modernidad: rasgos de una filosofía prohibida”, Javier Corona Fernández apela a la lectura política del filósofo sefardí para mostrar el punto de crisis en el que se fragua la modernidad. Este punto de crisis es abordado por Spinoza por medio de concepciones de Estado, individuo y praxis, que son revolucionarias para su época. El autor recupera la necesidad de la mirada crítica con la que los modernos abordaron las múltiples transformaciones y peligros de una era en constante evolución, una era precisamente como la nuestra.

El texto “El método, el tiempo, la Historia: indagación por un método materialista en Spinoza, Marx y Althusser”, de Óscar Silvestre Romero Torres, abona al terreno de las diferentes definiciones de modernidad. En su caso, cada una de estas definiciones y dataciones responde a la mirada crítica con la que sus autores enfocan su objeto de estudio. La discusión sobre un método materialista que encuentra su raíz en Spinoza y pasa a Marx y a Althusser, mismo que el autor nos incita a considerar como herramienta de investigación vigente, muestra los arcos de

tensión teóricos que desmienten el avance lineal de la consciencia con que la modernidad se entiende a sí misma.

El texto “Aldous Huxley y la detención de la utopía: la crítica reaccionaria de la modernidad” de Dinora Hernández López es una muestra más de cómo la modernidad encuentra continuidad en los discursos que la comentan, sin agotarla. Es el caso de la lectura que hace T.W. Adorno sobre la novela de Huxley. Siendo *Brave New World* una lectura crítica de la modernidad, la tecnología y el progreso, Adorno y la autora muestran otro rendimiento de la obra para dar cuenta de males modernos añadidos, aquellos relacionados con el capitalismo y la fetichización de las mercancías. Con este texto, queda claro que el análisis crítico sobre esta época puede aún diversificarse hacia nuevos derroteros. Para lo cual, sin embargo, es condición indispensable evadir una precoz clausura que la encierre en fórmulas simplistas.

En “Baudelaire, la imagen melancólica de la Modernidad”, Gergana Neycheva Petrova y Alma Rocío Rodríguez Serrano confirman la potencia del arte para explorar discursos divergentes en lo moderno. Parten del sentimiento de no interés por la exterioridad, es decir, la melancolía, para engarzar sendos análisis de la modernidad citadina de la mano de Benjamin, Adorno y Baudelaire. En su análisis, las autoras rescatan el componente emocional de la vivencia moderna que regresa al mundo no secularizado en donde la expresión poética acusa un poder sobrenatural con dejo de magia y tintes metafísicos, mostrándonos que la lectura de una época está incompleta sin un regreso al componente emocional que la acompaña.

En “La Razón, una condición humana violenta”, Gabriela Herrera Sánchez retoma tesis de Thomas Hobbes y Sigmund Freud para abordar el tópico de la violencia desde un emplazamiento no fundamentalista ni dicotómico en sentido moral, desde el que se pueda abordar el origen del Estado y la sociedad en un tenor que impida caer en reduccionismos u optimismos falsos. Desde este emplazamiento plenamente moderno, o en continuidad con la modernidad, la autora posibilita la explicación de algunas relaciones humanas desde una mirada crítica.

En “Walter Benjamin. La debacle de la experiencia y su posible recuperación. Justicia recobrada mediante una auténtica narración”, Héctor García Cornejo problematiza la noción de experiencia a la luz del devenir de la modernidad capitalista, que ha encontrado excelentes detractores y comentaristas en los filósofos de la Escuela de Frankfurt a quienes el autor apela para poder trazar tanto una crítica como un camino hacia la rehabilitación de la misma. Para lograrlo, el autor acierta en servirse de la literatura para vivificar su abordaje teórico.

Como puede verse, en este libro se da una serie de ejemplos en donde el lector podrá comprobar que la modernidad no es una sumatoria de convicciones ingenuas, como se ha querido juzgar desde nuestra época. A grandes rasgos, el libro puede dividirse en dos. La primera parte (capítulos 1 al 5) se adentra en la consideración de conceptos modernos, en su múltiple y compleja formación; mientras que la segunda parte (capítulos 6 al 9), desde una mirada crítica que tiene por origen la crisis de los preceptos más generalizados de la modernidad, diversifica tópicos modernos explorando ramificaciones cuya consideración desencantada muestra de mejor y más adecuada manera los verdaderos límites de lo moderno.

Este discurso moderno fue creado, y sigue, en constante discusión y reformulación. El proceso por el que va recalibrándose habla de un operante sentido crítico que muestra la continua movilidad de los límites de lo moderno. Límites que a pesar de ese malamente atribuido optimismo aparecen como evidentes a sus propios autores. Queremos remarcar no sólo que la formación de esta filosofía está íntimamente relacionada con un proceso de reordenación política y social que lleva en ocasiones a las filosofías a hacer amargos comentarios o descaradas afrentas a los cambios en proceso, sino que por esa y otras razones incluso en las afirmaciones más valientes hay un dejo de duda, una necesidad imperante de matización que hizo de la época una fábrica de sistemas complejísimos y abiertos, movibles ellos mismos.

Para nosotros, abundar en la múltiple y variable, a veces entre facciones incompatibles, determinación de lo que conocemos como modernidad, es destacar su convulsa construcción,

sin simplificaciones, sin acuerdos armoniosos, pero también apuntar su valor como punto de partida problemático (crítico) para nuestro presente.

María Edith Velázquez Hernández
Gergana Neycheva Petrova
Agosto, 2022

